



La verdad y la mentira: disparidad en la coincidencia o dos palabras en un mismo compromiso

Francisco Javier Villegas
escritor y poeta

EN LO QUE TENGO QUE ESCRIBIR, estableciendo algunas ideas sueltas, tal vez, me habría aventurado, mejor, a decirlas en voz alta. Como en los tiempos de los años 20; pero, del siglo pasado. Aunque sintamos que eso podría ser una conversación imaginaria. Y desde esa modalidad señalar lo que dicen esas dos palabras, como dos filosofías que refieren acerca de un solo objeto, porque hemos crecido, algunos, con una forma de enfocar la naturaleza de las cosas. Sin embargo, como ha dicho Damasio, estamos acostumbrados a pensar todo desde los mecanismos racionales como una provincia, una región o un país completo, pero, separado de otros territorios.

Aunque, ahora mismo, tengo un dilema que se repite en mi mente: al estar en una sociedad excluyente los términos de verdad y mentira no tienen tribuna, o derecho, a decirlo todo. ¿Hasta qué punto estamos construyendo nuestras verdades? ¿cómo elaboramos el deseo desde un mundo tan cerrado para colocar en el centro lo que creemos como verdadero? ¿qué decir acerca del deseo por elaborar una mentira? Tal vez porque hay otro alguien, por un tercero que merodea frente a nuestras narices y porque se ha perdido el fenómeno primitivo de acceder, siquiera, aunque fuese un atisbo, al nivel de lo que puede llamarse auténticamente real, la intimidad de la conciencia reflexiva, como dijo, alguien, por ahí. Algo, incluso, parecido a lo que decía Goethe, cuando refería a buscar el “Ur-Phänomen”, ese fenómeno primitivo, original, que nos lleva al contacto original para ver las cosas con áreas y lados genuinos y veraces, yendo hacia la “residencia de la verdad”.

Un antropólogo francés, René Girard, que a veces suelo releer, desde un viejo libro de los años 60, decía que la verdad es novelesca y la mentira romántica. Aunque, claro, los escritores suelen revelar las naturalezas imitativas del mismo ser humano y las de los deseos, con fines estilísticos, prosaicos, poéticos o fines enmarañados, que no es otra cosa que hacer “enredar la perdiz”. Por esa misma razón, nos cuesta aceptar, sin reparos, que la verdad y la mentira tienen una relación infinita. Y como toda cosa que se precie de abundancia de expresiones y decires, ambos términos se hallan vinculados a los supuestos del espíritu reflexivo. Aunque, no tengo tanta claridad para señalar que los empeños en ese camino que nos lleva al bosque de las verdades y mentiras, sea que hay que frecuentarlas, intimar con ellas, retornarlas, a veces cansadoramente, e interpretarlas, inmisericorde, con diferentes realizaciones y planteamientos.

Por esa razón, desde este espacio, mesa compartida, sostengo que una forma de observar estos dos términos sea a través de la distracción, es decir de la naturaleza distraída, como dijo alguna vez, el bueno de Bergson, en esa conferencia del año 1946, en París, titulado *La*



pensé et le mouvant (El pensamiento y lo moviente) acerca de *La perception du changement* (Percepción y cambio) el filósofo y el artista, el escritor y el músico, el observador y el diletante, son por naturaleza distraídos, aunque, hay que decir que no es esa

distracción metafísica, la de Kierkegaard, que tan tenso lo ponía; sino que es una distracción como parte de un todo, en que el individuo gira en variadas direcciones porque no hay verdad o mentira que se rehúse al aspecto material, a la acción y a la contemplación. Observar la verdad y la mentira más allá de lo utilitario será desprenderse de lo noticioso, por ejemplo, lo que ocurre en estos días. Me parece que tendríamos que ser inteligentes o volver a admirarnos del conocimiento sustrato original de la verdad, incluyendo, por cierto, aquello que prácticamente no sirve para nada...lo que sería igual a decir “digamos algo con nuestra voz en el desierto”; porque ya sabemos que la verdad también se inventa y que la mentira siempre abre sus recovecos inciertos al ser, también, una distorsión intencional de la verdad.